

FR. GERUNDIO.

Si quis impertinens misticonus dixerit Fr. Gerundium non habere necessitatem assistendi máscaris in saculo, sicut habebat assistendi matinis in claustro, anathema sit.

Si algun misticon impertinente dijere que Fr. Gerundio no tiene necesidad en el siglo de asistir á funciones de máscaras, como la tenia en el claustro de asistir á matines, le declaro incapaz de sacramentos.

CONC. 4. GERUND.

FR. GERUNDIO EN ORIENTE.

Antes de ir á Oriente, permítanme vds. ir en un pronto al Norte, que al instante vuelvo. En tres minutos me planto yo en París y me pongo otra vez aquí de vuelta. Este modo de viajar

•

instantáneamente, yo Fr. Gerundio que he estudiado teología, sé que es propio de los ángeles; pero como yo soy también un angelito, he aprendido á viajar angelicalmente como ellos.

Es tradición universalmente admitida, al menos en los pocos países por donde yo he viajado en cuanto hombre, el dicho de un viajero francés que recorría la España por esta estación del carnaval; pues se cuenta de él que escribía á su país, como una observación curiosa y extraña, que los españoles enloquecíamos en estos días que llamamos de antruejo ó carnestolendas, y que después en un mismo día nos restituía el juicio un sacerdote con unos polvitos de ceniza que nos ponía en la frente. Esta tradición histórico-fabulosa ha dejado en el vulgo de España la idea de que solo los españoles celebramos esta especie de fiestas bacanales tomadas y conservadas de los tiempos y creencias del gentilismo. Y así es bueno que sepan los españoles todos por conducto de Fr. Gerundio que los franceses loquean en estos días tanto ó más que nosotros, como no podía menos de suceder; porque fuera una anomalía que el pueblo francés cediese al español en todo lo que es movimiento, bulla, saltos y locuras. Así es que *el Musard*, *l'Opère*, *Valentina*, *la Renaissance*, y otros teatros de París son unos hormigueros nocturnos de máscaras tan animados y bulliciosos como pueden serlo Cervantes, el Príncipe, Villahermosa y Oriente

en Madrid. Si alguno todavía dudase, oiga cómo se explica, no Fr. Gerundio, sino el folletinista del *BON SENS*, periódico de París, en el número del domingo 20 de enero. «En este momento (es la media noche; dice) todo París se mueve, se agita, se convulsiona; se contornea. Todo París está entregado á danzas furiosas y epilépticas, con un déjate-querer, con una afición, con un entusiasmo, con un delirio, *triumphans* les llamaria, si no hubiese usado ya esta expresión favorita y superlativa de Mr. Hugo y de su escuela.» Rectificada esta tradición me vuelvo de París, y ya tienen vds. á Fr. Gerundio en Madrid otra vez. ¿No se lo decia yo?

Ahora sí, ahora me voy á Oriente. Yo habia oido decir muchas veces que el salon de Oriente era acaso el mas suntuoso de Europa, y por lo mismo, y como que es tambien el primer carnaval que mi Paternidad gerundiana ha estado en Madrid, estaba ya deseando que se abriera, y quise aprovechar la primera noche de su apertura para verle y ver las máscaras que suponía bullirian en él. Le encargué á Tirabeque los disfraces á su gusto, y me trajo los mas raros que pudo encontrar. «Pero hombre, le dije, ¿qué trajes has traído aqui? ¿No ves que estos no son ya del día en el estado actual que tienen hoy las máscaras?—Es que tampoco son para de día, señor, que son para de noche.—Salida propiamente tuya. Quiero decir que no son de los

trajes mas admitidos en la moda dominante de máscaras, que tambien en las máscaras como en todo hay modas, y hay bueno ó mal tono, buen ó mal gusto y mas ó menos elegancia. ¿Qué capricho te movió á elegir precisamente estos disfraces?—Señor, el ser españoles. Yo fuí al almacén y dije: «á ver un par de vestimentas para dos españoles rancios; el uno alto y seco, y el otro bajo y rechoncho.»—¿Las quiere vd. á la asiática, á la griega, ó á la romana? me dijo el paisano aquel. Yo le dije: ¿vd. tiene gana de conversacion? ¿Sabe vd. con quién está hablando? Sepa vd. que Fr. Pelegrín Tirabeque y su amo Fr. Gerundio son mas españoles de lo que vd. piensa, y que aunque sea disfrazados y de máscara, no quieren dejar de parecer españoles limpios y castos en pensamientos, palabras y obras. Con que así deme vd. si le place, las dos vestimentas más españolas que vd. tenga, y sió iré á otra parte á buscarlas. Con que me dió estas que vd. ve.—Bien, hombre, bien; solo por el españolismo que has mostrado adoptaría los trajes aunque fueran peores. Veamos á ver qué tal nos vienen.

Acomodámonos cada uno el nuestro, y al ver lo ajustados que nos venian no pude menos de admirar el ojo de Tirabeque, que en esto mostró ser mejor cubero que D. Pio Pita. Yo miraba á Tirabeque, y no podía menos de reirme. «Estás hecho un guerrero, Pelegrín. Hombre, no puede

menos que ese traje quedára de algun enano que acompañára al duque de Alba en sus viajes á Flandes, ó de algun timbalero que fuese incorporado á la malograda espedicion de Trípoli.—¿Y vd. qué parece, señor?—Oh, yo parezco otra cosa: no sé de qué estatura y de qué carnes seria el célebre ministro de Carlos III D. José Moñino, conde de Floridablanca, pero si era de mi talla y de mi hueso, debo estar muy parecido á aquel personaje.

En estos y otros diálogos se llegó la hora, salimos de casa, y abordamos (náuticamente hablando) al salon. La entrada en este Oriente me hizo una sensacion enteramente opuesta á la que pone un célebre trágico francés en boca del rey Antioco, sin duda cuando se vió obligado á refugiarse á otro Oriente despues de la derrota que le causó Escipion el asiático, cuando le hace decir:

«Dans l' Orient desert quel devint mon ennui!»

«¿Qué tristeza me infundia
aquel Oriente desierto!»

Yo al entrar en Oriente de Madrid hubiera de buena gana exclamado en contraposicion con el dicho de Antioco:

«Dans l' Orient peuplé quel devient mon plaisir!»

asi en francés y todo, para que la imitacion fue-

se mas esacta , sino hubiera temido resentir el es-
pañolismo de Tirabeque , y el mio tambien al
mismo tiempo ; y así me contenté con decir á Pe-
legrin , traduciendo el pensamiento :

¡ Qué animado está este Oriente !
Aqui no se sienten penas.

Y me quedé atónito cuando le oí contestarme
á renglon seguido :

Si señor , y algunas cenas
consumirá tanta jente.

El salon me pareció en efecto suntuoso ; y si
bien yo no conozco los mas célebres del estran-
jero sino por los libros ó por las relaciones de los
que los han visitado , y de lo que he visto no
podia hallar otro término de comparacion mas que
la sala de ayuntamiento de Carabanchel , la cáma-
ra abacial de mi convento y otras semejantes ,
aquel artesonado , aquellas ocho elegantes colum-
nas , aquellas largas filas de arañas , aquellos mag-
níficos espejos , aquellos gustosos pabellones , aque-
llas galerías y aquella orquesta y aquel alfombra-
do y todo aquel conjunto me pareció constituia
uno de los mas magníficos y vistosos salones de
baile propios de una corte , y que deberá compe-
tir , si es que no les escede , con los mas suntuo-
sos de las demas cortes de Europa . Y si á ello

se agregan tantas otras poco menos espaciosas piezas de baile, de descanso, de juego, de lectura, de ambigü y de tocadores y retretes para señoras y caballeros como se encuentran dentro del edificio de aquel teatro, indudablemente debe conjeturarse que habrá, aun en las cortes mas populosas, pocos locales mas apropósito para máscaras que el teatro de Oriente de Madrid.

Allí pues, en aquel golfo oriental de enmascarados vivientes comenzaron á flotar el bergantín de Fr. Gerundio y el bote pescador de Tirabeque, bogando á un lado y á otro en inciertas undulaciones, como me figuro yo que bogarán los botes y bergantines de los comerciantes y pescadores venecianos por el golfo que penetra por entre la Italia y la Dalmacia; ó como fluctuarían por el de Lepanto las naves de D. Juan de Austria y las de aquel pícaro Selim que tan mal recado nos hizo. Yo no sé si correrían tanto peligro de hundirse aquellas naos Inchaudo con el embravecido elemento, con los bancos y escollos de los mares y con el fuego del cañon enemigo, como el que corrían de naufragar nuestras reverendas chalupas, tropezando aqui con la proa de una chusca y oprimida boléra, allí con la popa de una fraseachona valenciana; chocando acá á babor con una hermana de la caridad; rozándonos allá á estribor con una vestal de torneadas formas: enredándonos por un lado el remo en las flotantes hebras y espirales bucles de una jardineta, y

por otro el palo mayor en el largo velo de una sultana. Cada paso era un escollo, á cada movimiento hallábamos un banco de arena, cada máscara era una Escila, y en aquel Océano de caretas, y en aquel piélago de disfraces, y en aquel flujo y reflujo de animadas olas, undulábamos Tirabeque y yo sin atinar á hacer uso del remo, ni saber siquiera á qué altura del polo nos hallábamos por falta de brújula, siendo dos retratos vivos vestidos de máscara de los vaivenes y borrascas que vá cinco años corre la nave del estado dirigida por pilotos desgraciados que no han sabido usar del remo, ni conocer la brújula, siempre fluctuando entre borrascas, y siempre amenazando naufragio y siempre en riesgo de sumirnos todos con ella en el fondo.

Cuando menos lo pensé, eché de menos á Tirabeque; á Dios, dije para mí, el Larquichuelo de los legos esclaustrados se vá á ir á pique esta noche sin remedio; y estube ya por esclamar: «San Telmo, San Telmo! Socorro, socorro!» Pero conocí que pedir auxilio á gente enmascarada era lo mismo que pedirsele á Luis Felipe, y suspendí la voz de socorro por inutil. Yo seguí por allí sin rumbo ni direccion cierta; cuando deteniéndose frente á mí una beata, me dijo: «máscara, te conozco.»—¿Tú á mí? No puede ser; te has engañado.—No me he engañado, no: deseaba verte para decirte que nos vas olvidando mucho: eres un picurillo, que te acuerdas mas de las

viudas de los militares que de tus hermanas de hábito, y eso no está en el orden. Mira si das luego una capillada para que nos paguen algo, que estamos muy atrasadas.—¿Y qué lo he de hacer yo, hija mía? Eso hazselo presente al gobierno.—No, no, á tí, á tí.—Y rodeáronseme mas de quince hermanitas de diferentes órdenes, gritando todas «á tí, á tí,» pero hijas, si este no es sitio de hablar de estas cosas: cualquiera de vosotras, la mas jóven, como se acostumbra en vuestras comunidades para ciertos oficios, puede ir mañana á mi celda, y allí hablaremos despacio lo competente.—No, porque no podemos salir del claustro de día: esta noche nos hemos escapado sin que lo advierta la abadesa.—Pues bien, bien; yo se lo diré.—No, á la abadesa no se lo digas.—No, hijas, no; al gobierno.

No bien me habia separado de las santas madres cuando me dijeron otra vez: «te conozco, máscara.»—No, no me conoces.—Si te conozco, si. ¿Quieres que te dé algunas señas de que te conozco?—Si, dámelas.—Mira, hoy á las doce te llevaron un comunicado para que dieras una capillada á D. Pio Pita sobre haber empleado en loterías á cierto sugeto que no hace mas que dos meses que sirve en el ramo, saltando la escala y poniéndole delante nada menos que de otros doce empleados que llevan catorce años en la renta.—Te equivocas, máscara, has cambiado la especie. Tu hablarás por el administrador de

las cuatro calles, que es el que ha subido desde el número nueve hasta el uno, siendo así que por reglamento correspondía esa administracion á otros mucho mas antiguos en el ramo; esto es lo que tengo noticia que ha hecho el hermano Pita y no mas.—Quien se equivoca eres tu, Fray Gerundio, que eso último te lo comunicaron ya antes de ayer, y esto ha sido hoy, y se ha verificado en las oficinas de la Direccion; que son dos casos distintos. Acuérdate bien.—Admirada me dejó aquella máscara al ver que sabía mas que yo.—¿Quieres mas señas?—No, le dije, demasiadas me has dado.

Yo la dejé huyendo de que me hablasen de cosas políticas. Creía yo que ya nadie mas me conocería; pero no daba un paso sin que me dijessen: «á Dios, Fr. Gerundio, cuidado no me des capillada:» Ola, Fr. Gerundio, ¿dónde has dejado á Tirabeque? Y oía preguntarse unos á otros; ¿quién es Fr. Gerundio?—Ese, ese; el español; el que va todo de español de arriba abajo.—Él habia de ser, porque no sabe disfrazarse mas que de español; ó de español antiguo ó de español moderno.»

Efectivamente conocí de nuevo lo que dije ya el año pasado en Leon; que Fr. Gerundio no sirve para disfrazarse, y así me quité la careta. Entonces se me acercó un dominó y me dijo: Ola, Fr. Gerundio; ¿con que te has quitado la máscara?—Si, porque yo lo mismo soy con ella que

sin ella.—¿Sabes que me ha gustado mucho tu artículo sobre la disolución de las Cortes?—Me alegro; ¿me dirías lo mismo sin careta?—Lo mismo. Y debes animar mas á los ministros á que las disuelvan.—¿A ti te parece que será conveniente?—Mucho. Pero este gobierno es demasiado tímido; Yo por eso solo le hago la oposicion.—¿Con que tú eres de la oposicion, hé?—Si; lo soy.—En esto me dijo otro dominó que estaba á la izquierda: Fr. Gerundio, los sentimientos son buenos, y por lo mismo es lícita que vayas errando en algunas cosas. Yo soy un paisano tuyo, y estoy en obligacion de advertirte que ganarias mucho crédito y aun muchos intereses si te acercases á saber algunos proyectos del gobierno, que son lo mas útil que se ha concebido hasta ahora, y los recomendases al público: te aseguro que no perderias nada; mira que te lo dice quien se interesa en tu prosperidad y en tu gloria.—Fr. Gerundio, me dijo un sombrero chinésco, á estos no les creas, que te engañan; mira que hay planes contra la libertad de imprenta; y no te digo mas.

Pues señor, dije para mí; mi oficio es arrancar la máscara á todo el mundo; fuera con ellas. Se las arranqué, y hallé en efecto que los dos enmascarados eran dos agentes políticos del gobierno, de quienes me habían dicho la noche anterior que andaban trabajando por ganar la prensa en favor de él bajo el disfraz del bien público, y de proyectos saludables. Y que el tercero era otro sube-

lite de cuenta, que bajo la misteriosa máscara de que el gobierno proyectaba atacar la libertad de imprenta si lograba disolver las Cortes, trataba de comprometer á Fr. Gerundio á que hablase contra la disolucion de estas, y á hacer una oposicion mas viva al ministerio.—Ya veis que os he conocido, les dije á todos tres: dad gracias á que no traigo aqui la capilla, que sinó aqui delante de todos os sacudia. Ya sabeis que á Fr. Gerundio bajo ningun disfraz se le gana, ni contra el gobierno ni en favor del gobierno. *Os conocí, ahora temed mi capilla.*

Tirabeque entretanto se estaba haciendo un agua con una mamola, que le tenia vuelto el seso y trastornado el juicio. Cuando yo le encontré, le estaba diciendo: «*¡qué saludote y qué remóno eres!*» Y le hacia una mamola con la mayor afectuosidad y cariño. Él, el hobalicon, se dejaba acoriciar y se soureía como un tonto, conociéndose á tiro de ballesta que estaba bañado de placer y de contento.—Tirabeque, que naufragas, le dije. ¿Por qué te has quitado la careta?—Señor, porque me dijo que me la quitára. ¡Cuánto siento que vd. haya venido ahora, señor! Ya tenia medio hecha la conquista. Me reí de su simpleza, y agorrándole de un brazo, me le llevé conmigo hácia las piezas del ambigú, porque ya tenia gana de tomar algun refvigerio.—Si viera vd., señor, que cosas tan ricas me decia!—Mira, Pelegrin, y sírvate de gobierno: ni á máscaras políticas ni á

máscaras morales les creas nunca una palabra. Sa-
be Dios lo que se puede creer en esas materias,
aun sin máscara...

En esto llegamos al ambigü: todas las mesas
estaban ocupadas, y no habia mas remedio que
estar, á lo cesante, aguardando á que vacóra al-
go. Pero mis esperanzas se veian burladas muchas
veces, porque como no era posible mirar á todas
partes á un tiempo, sucedia que aunque vacase
un puesto, nunca faltaba quien le antecogiera: unos
se tomaban por intriga, otros por asalto, y alli
ningun respeto absolutamente se tenia al mérito
ni á la antigüedad. En aquel barullo el mas osado
era el que sacaba mejor partido: parecia ambigü
ministerial. Hora y media estuve en pie, y ya es-
taba resuelto á retirarme, como Van-Halen del
castillo de Montan, esto es, *sin tomar nada*,
cuando quiso la buena suerte que vacáran dos
sitios de la punta de una mesa, y como el cesante
á lo que está es á meter el hocico, no quisimos de-
jar pasar la ocasion de agarrar algo. Casualmente
era la mesa en que estaban el Gefe Político y un
alcalde constitucional; de modo que nos juntamos
los cuatro que podiamos dar espillada, cada uno
por su estilo, si alguno se desmandaba por aque-
llos lugares. Aquella mesa parecia una reunion de
poderes.

Cojí la lista impresa de los artículos de re-
posteria para elegir lo que habia de tomar, y lo
primero que hallé en ella fué UN CONSOXÉ, ó

sea caldo. Por vida de Cristo Padre, dije, qué llamar al caldo *un consomé* es un insulto á un español como yo. Continúo leyendo, y encuentro: **ORDOVRES**; y debajo: *acéitunas, cornisons, ostras escubechadas.* ¡Por vida de mi padre San Francisco, que á esto lo han de llamar *Ordovres!* Sigo repasando y en el artículo *Entradas* hallo lo siguiente: *Salmís de chochas, chuleta de ternera á la papillote; biftek; pie de puerco á la Sainte Menchoul.* S. Hilarion bendito me valga....! ¿Qué he de elegir yo de esto, si no entiendo siquiera lo que es? Tirabeque, ¿te acuerdas tu que allá en el convento, donde tantos pies de puerco se comían, los pusieran alguna vez á *la Sainte Menchoul*?—Señor, yo no me acuerdo de tal cosa.—¿Y qué será *biftek*, hombre? Esto parece que está en alemán.—Señor, puede que signifique *oreja de cerdo*, porque es lo que suele ponerse con los pies de este animal. Vamos á ver las **FIAMBRES**. *Ensalada de pollos á la rochere; perdiz de jus froid; ternera á las pique; gâteau de liebre...*—Señor, no siga, que eso quiere decir que aquí dan gato por liebre: y sinó mire vd. cómo lo han puesto en francés: si los franceses no nos pueden dar más que gato por liebre.—Aguárdala á ver, hombre: **EXTREMESSES**. *Petipó; un flanc; cangrejos...*—Señor, y á los cangrejos les llaman *extremeses*? Y mucho es que no les llaman *cangrillaus*. Vamos de aquí, mi amo, que esto no es para españoles.—No, eso no; algo es preciso

tomar. ¿Tú qué quieres?—Pues en ese caso yo quiero ternera española asada , y vino español de Valdepeñas, si lo hay; pero ha de ser un Valdepeñas español.—No, que será Valdepeñas francés: si Valdepeñas está en la Mancha , hombre.—Con todo , señor, con estos hombres toda precaucion es poca.

Tomamos pues nuestro refrigerio : dimos otra vuelta por el salon , y nos restituimos á nuestras celdas , dejando allí todavía como tres mil personas , para quienes ni habia guerra , ni habia miseria, ni duelos, ni quebrantos , sino gilgorio y mas gilgorio; y yo me puse á escribir lo que allí habia visto.



LOS PENDIENTÉS DE LA DISOLUCION.



¿Tirabeque?—Señor?—¿Ha venido alguien mientras he estado fuera?—Sí señor , aquí ha estado un pendiente.—¿Un pendiente ! Vaya , ya te entiendo. Eso quiere decir que habrá estado el señor Lujan , que es el único que trae pendiente de los

que sospecho que puedan haber venido. Pero amigo, te vas haciendo tan metonímico en tu lenguaje que es menester discurrir para entenderte.—Pues ahora no me ha entendido vd., señor. No es el Sr. Lujan el que ha venido, sino un pendiente de la disolución, que traía alzacuello.—Un pendiente de la disolución que traía alzacuello! Amigo, se necesita ser toda una inteligencia de primera suerte para comprender tus circumlocuciones. Aunque me volviera un Donoso Cortés, me parece que no te entendería. Te vas haciendo demasiado hidrodinámico, hombre.—Pues voy á hablarle á vd. sin intemperie ninguna, señor. Quien estuvo fué un cura.—¿Y á un cura le llamas un pendiente, lego estrafalario?—Si señor, porque lo es; es un pendiente de la disolución. Y á todos los curas los llamo yo ahora los pendientes de la disolución.—¿Y de dónde sacas tu esa nomenclatura.—De que es así. Porque sino hay disolución están perdidos: como que en la disolución consiste en que ellos tengan que comer ó se mueran de hambre.

Grandemente, hombre. Precisamente es todo al revés de como tú piensas. La suerte de los clérigos pende de la buena moral. La conservación de ésta y de los principios de la verdadera religion es lo que puede hacer que los clérigos sean respetados y atendidos como lo merece la clase á que pertenecen y la dignidad que representan, mucho mas si ellos por su parte observan la pu-

reza de costumbres y el comportamiento en lo religioso y lo político que su estado les prescribe, y la religion y la sociedad les demandan: de cuya inobservancia es verdad que hay mas de un ejemplo que lamentar. Pero en fin esto no es para esta ocasion. Lo que quiero decirte es que nada les puede perjudicar tanto como la disolucion; lo mismo la disolucion suya que la disolucion ó relajacion pública.—Lo que yo le digo á vd. ; mi amo, es que si no hay disolucion, los curas van á perecer; y que no voy errado yo en llamarles los pendientes de la disolucion.—Entendámonos, Pelegrín: ¿de qué disolucion hablas tú? Porque podrá ser que sea una disolucion peculiar tuya.—Válgame Dios, señor, y con qué malas entenderas se ha levantado vd. hoy! Hablo de la disolucion de las Córtes, que si no se disuelven luego, y se reunen pronto otras, los curas se van á quedar este año *aspergis meis hisopum et mundano*. Porque diezmo no tienen ya por el año presente, y otra contribucion con que mantenerlos no puede echar el gobierno sin la autoridad de las Córtes.—Autorizacion se dice, Pelegrín.

Y confiéste para tu satisfaccion que es una de las pocas veces que has dado en el hito de la dificultad. Porque efectivamente la suerte del clero y conservacion del culto penden de la contribucion que se destina en subrogacion del diezmo para atender y subvenir á tan sagrados objetos, y de consiguiente de lo que acuerden en este interesau-

te punto las Córtes futuras, y por consecuencia, de la disolucion de las presentes. En ese sentido no ibas desucertado en llamar á los eclesiásticos pendientes de la disolucion. Pero has usado unos rodeos, hombre.... Á no ser, Pelegrin, que el gobierno piense en convocar de nuevo estas mismas cortes....—Ah, no señor, eso no; á las cortes estas ya las podemos echar tambien el *aspergís miquis*.—Tal creo, Pelegrin; y por lo mismo juzgo tambien que el gobierno está, sino resuelto, á lo menos inclinado á decretar luego la disolucion de éstas y convocacion de otras.—¿Sabe vd., señor lo que me parece á mi qué convendria hacer para que no se les olvidára á los ministros la suerte del clero? Ya que confiesa vd. que los curas deben llamarse pendientes, debia colgárseles á las orejas dos pendientes de estos. Y si escogiamos por pendientes, por ejemplo á D. Juan Nicasio Gallego y al esclaustrado D. Manuel de Vinuesa, que bien conocidos son los dos por pendientes de tomo y lomo, paréceme á mi que no habian de tardar los ministros en disolver á trueque de que no les disolvieran á ellos las orejas tan buenos pendientes.—¿Qué cosas tan oriñiales tienes, Pelegrin! Creo que no habrá necesidad de eso, porque entiendo que el gobierno se hará cargo de le suerte de tus pendientes.—Veremos, señor; yo tambien quedo colgado como un pendiente de lo que vea que va haciendo el gobierno.

